

No hay término más vago e impreciso en la política contemporánea que el de “fascismo”. La inflación semántica actual del término legitima la arbitrariedad de su uso corriente y vulgar para descalificar a un oponente ideológico, independientemente de cuáles sean sus ideas. Se trata pues de realizar una justificación de qué es y qué no es el fascismo, dentro de la complejidad y de la dificultad que esto entraña, para no caer como algunos autores han hecho en escribir libros sobre el fascismo, sin ni siquiera molestarse en definirlo<sup>1</sup>.

Fascismo proviene del término latino *fasces*, cuyo significado es “haz”, “unión”, pero en realidad, acudiendo a su etimología, poco más podemos aclarar. Emilio Gentile<sup>2</sup> señala que el término se deriva del símbolo romano del “*fascio littorio*”, pero que antes de Mussolini se había usado por primera vez en la edad contemporánea por la izquierda italiana en el siglo XIX, para denominar a un grupo de rebeldes unidos en un movimiento de lucha, pero sin pertenecer a un partido político. Progresivamente el término se fue aplicando a distintas asociaciones o grupos que fueron configurándose al margen de los partidos, sin estructuras, ni doctrinas definidas y que después serían conocidos como movimientos o antipartidos.

Pero, ¿cómo llega un movimiento de estas características a convertirse en palabras de Stanley G. Payne, en “la única gran ideología nueva del siglo XX”<sup>3</sup>? Naturalmente, estos usos del término *fascio* no hacen más que vehicular un modo de ser, expresar algo nuevo y distinto a lo políticamente ya conocido, pero aún no generan o determinan el fascismo en sí, que como tal, no existe antes de 1919. Roger Griffin para dilucidar el estudio del fascismo ha preferido restringir Fascismo –con mayúsculas– al movimiento que surgió por primera vez en la historia con este nombre en Italia, y fascismos para el resto de países en los que se desarrolló esta ideología.

El problema es que actualmente la historiografía sigue debatiendo sobre la posibilidad de establecer un “tipo ideal” de fascismo que nos ayude comprender mejor este fenómeno. Lo que nos hace pensar que para un análisis del fascismo sería necesario rehabilitar una *epoché* fenomenológica para no tergiversar las diferentes individualidades históricas que nos alejarían de una comprensión global del fenómeno. Se trata pues de la distinción clásica entre lo material y lo formal. De manera que si consiguiésemos mostrar la esencia del fascismo, podríamos determinar mejor cuál es la constitución ontológica

---

<sup>1</sup> Comentario crítico que realiza el historiador Roger Griffin en su libro *Fascismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2019, a su colega Renzo de Felice.

<sup>2</sup> Gentile, E., *Fascismo. Historia e interpretaciones*, Alianza Editorial, Madrid, 2004, p. 27.

<sup>3</sup> Payne, Stanley G., *El fascismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2018, p. 264.

que lo vertebra. Esto nos ayudaría a esclarecer en primer lugar su existencia real, problema que para algunos estudiosos, sigue suponiendo un verdadero Rubicón imposible de cruzar. En efecto, todavía hoy en día existen numerosas personas que son incapaces de liberarse de una herencia ideológica, que *a priori* se ha convertido en dogmática para interpretar sin prejuicios este fenómeno.

Una de las definiciones que mejor expresa de forma clara y concisa el fascismo *in genere* sería la formulada por Emilio Gentile:

El fascismo es un fenómeno político moderno, nacionalista y revolucionario, antiliberal y antimarxista, organizado en un partido milicia, con una concepción totalitaria de la política y del Estado, con una ideología activista y antiteórica, con fundamento mítico, viril y antihedonista, sacralizada como religión laica que afirma la primacía absoluta de la nación a la que entiende como una comunidad orgánica étnicamente homogénea y jerárquicamente organizada en un Estado corporativo con una vocación belicista a favor de una política de grandeza, de poder y de conquista encaminada a la creación de un nuevo orden y de una nueva civilización.

Más recientemente el historiador británico Roger Griffin ha intentado redefinir el fascismo acudiendo a una categoría nueva como la de *palingenesia*, palabra compuesta de *palin* (de nuevo) y de *génesis* (nacimiento), es decir, algo similar a nuestra palabra latina “renacimiento”, para expresar así una nueva forma de *revolución*, palabra cuyo enfoque se encuentra ligado tradicionalmente al marxismo:

El fascismo es un género de ideología política cuya esencia mítica, en sus diversas variantes, es una forma palingenésica de ultranacionalismo populista.

Sin embargo, el uso del término palingenesia aplicado al fascismo no es tan novedoso como Roger Griffin cree. La palabra ya fue utilizada por Ernesto Giménez Caballero, uno de los primeros ideólogos del fascismo español en su libro *La nueva catolicidad* de 1933 siguiendo a Keyserling. El falangista señala que Europa se encuentra angustiada por diversos factores: externos, en primer lugar, por el peligro bolchevique y su carácter oriental, y, en segundo lugar, por el americano y su desorbitado carácter occidentalista; e internos, por los factores que responden a la pregunta decisiva de si se Europa atraviesa una crisis o más bien una decadencia:

Pero, en general, salvo ciertos augurios fatalistas, la mayoría de los pensadores actuales se inclinan a considerar el caso de Europa como una crisis y no como una decadencia. De la decadencia no se puede salir más que con la muerte, con el exhaustamiento vital. De la crisis puede salvarse mediante un *renacimiento de fuerzas*. En una **palingénesis**. Ya Keyserling, desde su laboratorio espectral, señaló esta “*vía resurrectionis*”, asignando a cada cultura específica del ámbito europeo una misión en la gran tarea futura, en el “mundo que nace”<sup>4</sup>.

Por su parte, el historiador Stanley G. Payne ha elaborado una amplia descripción tipológica del fascismo que vertebra a partir de tres dimensiones:

1. Negaciones fascistas:
  - a. Antiliberalismo.
  - b. Anticomunismo.
  - c. Anticonservadurismo.
2. Ideología y objetivos:
  - a. Creación de un nuevo Estado nacionalista autoritario.
  - b. Creación de una nueva estructura económica nacional (nacional-corporativista, nacional-socialista o nacional-sindicalista).
  - c. Objetivo del imperio o de una nueva relación con otras naciones.
  - d. Credo vitalista y voluntarista, además de una nueva forma de cultura secular, moderna y autodeterminada.
3. Estilo y organización:
  - a. Creación de una nueva estética en la política, mítines, símbolos y coreografías.
  - b. Movilización y militarización de las masas.
  - c. Utilización y evaluación positiva de la violencia.
  - d. Exaltación de la juventud.
  - e. Tendencia al principio de mando personal, autoritario y carismático.

La complejidad de esta tipología nos ayuda a entender porqué resulta tan difícil encontrar una definición objetiva para definir el fascismo. Se trata pues de un fenómeno dinámico que no puede delimitarse siguiendo un planteamiento conceptualmente cerrado, de ahí su dificultad hermenéutica, pero también su novedad perenne.

---

<sup>4</sup> Giménez Caballero, E., *La nueva catolicidad*, Ediciones de “La Gaceta Literaria”, Madrid, 1933, p. 54.

## **Interpretaciones para entender el Fascismo**

Muestro a continuación en dos tablas comparativas las distintas interpretaciones que se han venido formulando –desde prácticamente hace un siglo– para tratar de comprender el fascismo. Para ello he tomado como referencia los trabajos realizados por los dos historiadores que mejor han clasificado, bajo mi punto de vista, las numerosas teorías que se han venido aduciendo. A través de estas tablas, confeccionadas de forma exhaustiva, el lector podrá él mismo recorrer la hermenéutica del fascismo y profundizar si así lo desea para sacar sus propias conclusiones

El trabajo de Roger Griffin (tabla 2) mucho más reciente que el estudio de Renzo de Felice (tabla 1) decide simplificar las interpretaciones en dos grandes bloques, atendiendo fundamentalmente a los mundos ideológicos de sus autores. El resultado que ofrece son dos enfoques: uno marxista y otro liberal.

En cambio, De Felice que tiene el mérito de ser el primer trabajo sistemático que se ha ocupado de esta cuestión, observa un criterio diferente. En su estudio nos ofrece una división tripartita, que a su vez se encuentra subdividida en otras tres grandes interpretaciones. De este modo su estudio tiene como ventaja principal que agrupa la heterogeneidad de las teorías formuladas, pero como defecto, no precisa, más allá de la interpretación marxista, las líneas ideológicas de las que proceden.

Ahora bien, la intención que ha perseguido el historiador británico con su clasificación ha sido la de abrir una tercera línea metodológica para examinar el fascismo desde el propio mundo fascista. Este enfoque, que su autor denomina empático y con más que notable éxito como puede apreciarse por los trabajos que últimamente se publican sobre esta cuestión –como puede comprobarse en la tabla 2– es también muy interesante y fecundo desde un punto de vista filosófico. No ocultamos que se trata de una línea de estudio no exenta de polémica, porque se toma en serio el estudio de los textos estrictamente fascistas, algo inédito e inaudito en la historiografía del siglo XX. Me refiero al estudio directo de estos documentos con el mismo rigor científico con el que se estudian los de otros autores de corrientes ideológicas enfrentadas. Pues bien, esto que en otras épocas se despreciaba por factores ideológicos, se ha convertido, superado el tiempo, en un campo de trabajo necesario para acceder con rigor a los estudios comparados sobre el fascismo.

Ya conocemos lo que se ha dicho sobre el fascismo desde los dos mundos (liberalismo y comunismo) que asistieron al nacimiento del fascismo, y advertimos que sus interpretaciones han condicionado y limitado el estudio del mismo llevándolos a su terreno ideológico. Ahora toca conocer lo que los propios protagonistas dijeron sobre ellos mismos, para poder comprender mejor su naturaleza.

En esta tarea creo que la filosofía primera puede ser de gran ayuda, porque la actitud básica del filósofo ha consistido desde la antigüedad en suspender el juicio, la epojé fenomenológica, es decir, desconectar, lo cual no significa rechazar, sino acceder a estos documentos desde la distancia suficiente como para conocer de un modo natural el ser del fascismo desde el propio ser-fascista que los ha escrito.

Por último, aunque compartimos la visión de Griffin por ser la que mejor se adapta a un estudio actual sobre el fascismo, hay que señalar que resulta insuficiente, y que en cambio Renzo de Felice sí que recoge como, por ejemplo, la visión católica, o también la psicosocial, además de incluir a otros autores que el historiador británico ni siquiera explora. Han pasado ya cien años de la marcha sobre Roma, pero el Fascismo sigue siendo un fenómeno muy complejo.